LA ELECCIÓN DEL BIEN COMO PRINCIPIO DE CONDUCTA

Jesús Franco Sánchez

Nota: la bibliografía principal empleada, de la que se han extraído los fragmentos entre comillas, ha sido: Atlas del pensamiento universal, Historia de la filosofía española, Antropomanía, Tratado del hombre, Breve tratado de ética y El camino del bien, Heleno Saña.

«Más sea verdad o sueño/ obrar bien es lo que importa», Calderón.

«Atleta por lo firme de su convicción», Epicteto.

«El hombre superior piensa en la virtud, el hombre inferior en el confort», Lao Tsé.

INTRODUCCIÓN

De la observación y el análisis con ánimo de verdad (y no con «el fin mezquino de crearse una conciencia satisfecha») de los fundamentos y manifestaciones de la situación actual, se concluye que vivimos un **periodo histórico de regresión civilizatoria**, cuyo «denominador común es el caos organizado, la desorientación y la transmutación de todos los valores». La ideología moderna, al extinguir la «tradición moral de la humanidad», despoja al individuo de todo lo que éste «ha necesitado siempre para no morirse de pena».

No por ello, la concepción de la persona, la sociedad y los valores hoy reinante como «causa principal del callejón sin salida en que se encuentra el mundo» parece preocupar a muchos. Ni al amplio y diverso aparato mediático vinculado a *la sociedad de la información y el conocimiento* (en tendencia ascendente hacia la fusión con *la sociedad del espectáculo*), más proclive a prestar atención a cuestiones de segundo o tercer orden, cuando no a banalidades, que al **abordaje de las cuestiones esenciales** de lo humano y lo natural, ni al sujeto medio, lo que señala el grado de extravío de este último al ignorar la raíz del mal, «de orden humano, moral y espiritual».

Más bien, «atreverse a buscar el sentido de la vida propia y de la humanidad en general por conductos como el amor al Bien, el altruismo social o la fe religiosa constituye una empresa carente de todo sentido».

La vida solitaria; la carencia de «la fuerza espiritual necesaria para afrontar serenamente los momentos más aciagos del destino»; la frustración o «nostalgia por lo completamente distinto» (Horkheimer); el tedio y la «indiferencia o resignación al triste espectáculo que ofrece el mundo descarriado de hoy»; la ansiedad; la depresión y tanto dolor interiorizado y silenciado; y el suicidio se manifiestan como síntesis de «todo lo que el sistema nos niega» y nos autonegamos. De modo que convergen «dos modos de irracionalismo: el que impera en la misma realidad y el que se aloja en la mente de los insatisfechos». Lo que da como resultado vidas malogradas, una «sociedad desgarrada», un «nuevo ciclo de disolución y agonía».

El objetivo que nos mueve es el de contribuir a una **contraofensiva holística**, teniendo al **bien moral** como noción rectora, de los modos de ser, pensar y actuar impuestos y aceptados que, en tanto que se hallan en disonancia con «nuestras **verdaderas necesidades** espirituales y materiales», son la génesis de que «el mundo occidental se asemeje cada vez más a la Roma de la

decadencia». Para salir del atolladero en que nos encontramos, hemos de «poner en pie un sistema de valores radicalmente distinto al que hoy predomina».

Como respuesta a «un mundo a la deriva como el nuestro», sin negar lo lastimero del momento presente, ni la sensación de impotencia ni la amenaza constante del desaliento, **apostamos decididamente por el bien como otorgador de sentido a la vida**. Ambos son «una y la misma cosa».

El bien, la verdad y otros valores «no son artículos de moda» sino «**moral de vigencia universal y omnitemporal**», que traspasa la realidad empírica (*metá ta physiká*) y es ajena a «la dinámica mutacional de la existencia cotidiana y de la historia en su conjunto». Nicolai Hartmann: «los valores son categorías o esencias constitutivas». En su «insobornable integridad» y «validez objetiva» proporcionan una base para la acción.

Rechazamos las doctrinas que legitiman el orden establecido y convierten «el proceso de resistencia contra la alienación y la opresión en un absurdo a priori». Todas ellas «responden al tipo incrédulo de individuo que se ha dado en todas las civilizaciones declinantes»: el cuantitativismo (que juzga «un sistema de ideas o un modelo de conducta por el grado de adhesión que logran adquirir»), el criticismo no superador (partimos, por el contrario, de la premisa de rescatar lo positivo, de una concepción constructiva, sin obviar lo negativo), el pesimismo antropológico (reductor de «la trayectoria histórica del hombre a su dimensión negativa»), el determinismo (criterio según el cual no es posible cambiar nada sustancial), el «fin de la historia del charlatán Fukuyama» y el nihilismo axiológico (expresión máxima del relativismo, que «concentra su atención en la dimensión dinámica del acontecer cosmohistórico y subestima o ignora los **factores permanentes**»). Así como la búsqueda de «salidas de emergencia y de paños calientes».

EL BIEN NACE DE UNO MISMO

La **megaheteronomía** es el rasgo definitorio del individuo moderno. Obstáculo para su autorrealización es el dominio que sobre él ejerce el par Estado/Capital, que es doble, soma y espíritu, dándose «un subproducto impersonal y gregario de los paradigmas, símbolos, mitos e intereses predominantes»; un ser administrado, instrumentalizado y fabricado en serie, de proceder mecánico e imitativo que «sigue siendo hombre-masa también cuando se aleja de ella». El ente estatal y el orden capitalista, en la ejecución de su razón de ser, subyugar y jerarquizar la sociedad en el interior y competir con el exterior, subliman «como interés común lo que no es más que su interés particular».

Con ello no desdeñamos la determinación de los factores externos, objetivos e irreversibles, ya que «la heteronomía a que se enfrenta el hombre es una categoría ontológica fundamental de la que nadie puede librarse», o de los propios condicionantes endógenos en su «dimensión irracional».

Lo que repudiamos es la falta de espontaneidad y de convicciones firmes, la asunción por el individuo medio de «la identidad artificial o superpuesta que el Sistema le ha inculcado», la propensión a dejarse influenciar «por los lugares comunes divulgados por las tribunas mediáticas», la predominancia de «un mundo sin interioridad verdadera y conscientemente asumida», la obligación de transitar desde edad temprana por «un determinado camino y de renunciar a otros», la «isonomía tipológica». El hombre contemporáneo no sólo ha errado el camino, sino que «estamos asistiendo a su paulatina muerte, como ente autónomo y soberano de sí mismo».

Dominar es destruir. El sujeto común siente pánico a quedarse a solas con su interioridad: «el hombre medio de hoy es un fugitivo de la **esterilidad** que lleva dentro de sí mismo». El consumo de tabaco, alcohol, cannabis y de otros narcóticos diversos; el comprar compulsivo (*homo consumens*); el dejarse mecer por «el vals del momento» (Kierkegaard)… son comportamientos para aturdirse y dispersarse, para consolarse y ocupar vacíos personales y convivenciales, para eludir, evadiéndose, el enfrentamiento abierto con la condición humana y el destino. A lo que se adiciona la superficialidad, el exhibicionismo y la simulación.

Los dominadores logran el arrasamiento de lo humano y la anulación de toda diferencia mediante dos procedimientos: por un lado con el **adoctrinamiento** sin descanso que pisotea la libertad de conciencia, a través de vías como la

escolarización forzosa, la universidad, los *medios de comunicación*, la propaganda, la publicidad comercial, la industria del ocio y de la ¿cultura?, el parlamentarismo y el trabajo asalariado.

Tal ausencia de libertad para ser, pensar y hacer no sólo no es sentida como necesidad irrealizada sino que paradójicamente el individuo contemporáneo se considera libre cuando «depende para todo lo importante de instancias y fuerzas infinitamente superiores a su voluntad». Pierre Manent: «¿Por qué el hombre moderno está tan seguro de ser cada vez más libre sin en realidad vive de manera creciente en estado de sometimiento?». Sometimiento «a los horarios y condiciones de trabajo, al hacinamiento urbano, al tráfico rodado, a la burocracia estatal, al acoso fiscal, a la invasión publicitaria, al poder de la banca, al salario casi siempre insuficiente y al miedo a que una crisis financiera le convierta en un paria sin empleo». En definitiva, «al proceso de planificación y normativización impuesto». Una exterioridad que, por lo demás, se caracteriza por «su inestabilidad, mutabilidad e infiabilidad».

Vinculados a este fenómeno del «esclavo sublimado» (Marcuse) se hallan la conformidad con el *panem et circenses*, el asentimiento acrítico-dócil y la completa integración de casi todos en el sistema (y su reproducción). Lo que se expresa en la bancarización, salarización, monetización, burocratización y motorización de lo cotidiano; en los sempiternos pedigüeños reclamando ayudas y soluciones institucionales(¿dónde quedan la valía personal, la dignidad y la «confrontación constante con el poder y la injusticia»?); en «la adoración boba y mimética que despierta lo que la moda, el marketing y los administradores del poder arrojan a los escaparates: mitos, falsos ídolos, cantos de sirena y espejismos ideológicos», asumidos como *summum bonum* y confundidos con el sentido de la vida; en el convencimiento general de que «la humanidad no ha conocido otro modelo de sociedad tan bueno como el que tenemos hoy»; y en el deseo de vivir no en «un mundo cualitativamente distinto al de hoy, sino en éste en las mejores condiciones posibles».

Y de otro lado, *manu militari* las oligarquías perpetran etnocidios para uniformizar y elevar a «categoría universal al *homo occidentalis* y al modelo liberal-burgués de sociedad». Este colonialismo engendrador del pensamiento único tiene consecuencias también en el ámbito material. De ahí el pauperismo de los «damnificados de la tierra» (Fanon), sometidos a «agresión, intimidación, expropiación y saqueo». Media humanidad está condenada a la indigencia crónica.

Frente a esta dinámica de preterición, homogeneización y devastación, el bien moral se ubica en «el propio recinto del hombre», en la **conciencia de sí mismo**. Ello nos sitúa en la capacidad del sujeto para la autoconstrucción y para operar revolucionariamente sobre la realidad. Eso sí, sin perder de vista que dicha autonomía depende no sólo de atributos personales sino también de la ubicación social. Para Dorotea Sölle, «no existe ningún punto cero del que el hombre pueda partir».

Si es en el mundo subjetivo donde tiene lugar «el primer acto de libertad y de responsabilidad», el diálogo interior ha de preceder al diálogo con los demás. Vale decir, que «sin un orden de valores alojado en la propia conciencia no puede surgir ni desarrollarse ningún orden externo satisfactorio».

El bien ha de ser un acto intencional, deber autoimpuesto, voluntariamente aceptado o rechazado para que sea verdadera axiología. Ahí radica la grandeza humana: en «**la capacidad de elegir el bien sin esperar que los demás hagan lo mismo**».

La praxis del bien precisa hoy de una previa **catarsis renovadora**. Hemos de descender a las profundidades de nuestro ser y echar por la borda «toda la miseria humana y moral que llevamos dentro», replantearnos «todos los principios, paradigmas y valores que determinan nuestra existencia». Lo que ha de tener continuación en la recuperación y reactualización de «la gran herencia humanista y universalista que nuestros antepasados nos han legado».

EL BIEN ES ALTERIDAD

El actual **hipersubjetivismo** solipsista e insolidario encuentra su expresión más radical en la formulación de Max Stirner: «mi causa es sólo lo mío». Esta «egodicea moderna» comprende la propiedad privada política (en forma de Estado), la propiedad privada económica (como Capital) y la propiedad privada en forma de interés particular.

No sólo Stirner sino el pensamiento moderno en general (Hobbes, los teóricos liberales, Nietzsche, el pragmatismo, el empirismo, el existencialismo, la Teoría Crítica de Francfort) parte del individuo como «categoría fundamental de la problemática humana». Así, cada cual «actúa como si no existiera más mundo que el suyo propio e identifica la verdad con su propio yo». Pero, nueva paradoja, esta era de la explosión del individualismo «es en rigor la de la desindividualización y la masificación», la de la desustanciación y la pérdida de «la unidad consigo mismo». En efecto, «el hombre de hoy tiene escasos o nulos motivos para considerarse superior al de otras épocas».

La reducción al sí mismo en su autodivinizadora concepción desprecia aquella forma de humildad consistente en «aceptar sin amargura los límites, condicionamientos y sinsabores inherentes a nuestra condición humana». La finitud, la imperfección, la contingencia y la vulnerabilidad son inmanentes al *homo humanus*.

La megalomanía, la voluntad de poder y el darwinismo social entienden la autorrealización como negación de los demás. El otro, según «la razón instrumental y la ideología del cálculo», es tenido como botín.

Los efectos sobre la convivencia de este autocentrismo están siendo destructivos: la naturaleza líquida y superficial de las relaciones interpersonales («forasteros sin lazos comunes») o su dependencia neurótica (por pérdida de la «propia ipseidad»); la propensión a la mutación de vínculos y afectos; la indiferencia hacia el igual (cuando no la descortesía o aun el desprecio: «el grito desaforado e iracundo sustituye, cada vez más, a la palabra amistosa»); la prostitución rampante; la menguada natalidad; la desintegración de la familia; la fractura intergeneracional; y la conflictividad («convivencia es hoy ante todo insociabilidad», y no **compañía y conversación** que son, en palabras de Adam Smith, «los medios más poderosos para devolver al ánimo su tranquilidad»).

La moral es «constitutivamente de naturaleza relacional». El hombre adquiere conciencia de lo que es «en relación al mundo que le rodea». La dinámica externa se entromete en su interioridad.

Así, decir bien es decir **bien común**. Como categoría unificadora de lo individual y lo colectivo. Como «última instancia normativa de una sociedad racional y humanamente organizada». La comunidad es el trasfondo sobre el que existe el yo individual, «el reflejo o resultado de la moral de cada uno de sus miembros».

Hannah Arendt: «ser persona significa, a la vez, necesitar a otra persona». La vida está «vinculada intrínsecamente a los otros». La intersubjetividad es «parte constitutiva de nuestra identidad».

Para dar un sentido profundo a nuestro ser y realizarnos como criaturas integrales, hemos de trascender la escueta área del yo, incluir a los semejantes y compartir con ellos «los pocos o muchos bienes materiales y espirituales» que poseamos. «Ser con y entre los demás», pues, citando a Martín Buber, «**toda vida verdadera es encuentro**». Sin perder de vista que «estos lazos colectivos no significan que cada uno tenga que ser una copia de los demás». Vale decir, conseguir un equilibrio entre el *yo* y el *nosotros*.

«Todo mi ser es deuda» escribió Simone Weil. El sustrato esencial del bien es el de «**servir al prójimo**». Quien es «lo más profundo e importante de nuestro paso por la tierra». Para Hutcheson, «hemos sido hechos por la naturaleza para servirnos los unos a los otros, y no para servirnos a nosotros mismos». Este reconocimiento de «la igualdad fundamental entre nuestro yo y el de nuestros semejantes» exige ponerse en el lugar del otro, sentimientos, respeto y un **actuar generoso y desinteresado**. «Dar al otro una parte de nuestro ser es, en el fondo, una manera de recibirlo nosotros mismos en forma de plenitud interior».

El bien es, por tanto, un «valor transpersonal». Es la otredad su campo natural de acción. Quienes lo eligen no lo hacen sólo porque aborrezcan el mal, «sino también porque difícilmente pueden prescindir del calor del prójimo».

EL BIEN ES UNA NECESIDAD INMATERIAL

La organización de nuestra conducta se encamina hacia la **satisfacción de necesidades**, puesto que «el rasgo más constante del hombre es la dependencia». Bergson: «toda acción humana tiene su punto de partida en un estado de insatisfacción».

La absolutización de las necesidades fisiológicas y materiales (y las de naturaleza artificial) «tiende a embotar y destruir los atributos elevados del hombre». Éste ha de valerse de sus «instintos bajos» para poder sobrevivir. La «concepción espiritual del hombre y de la vida» se manifiesta también allí donde las necesidades subsistenciales han sido satisfechas. Por más obstinada que sea la aspiración al bienestar material y al fisiologismo, «los sentidos son insuficientes para explicar, con un mínimo de rigor, la condición humana».

Si dominar es destruir no lo es menos el consumismo. Es una forma de mal. «La adquisición de riqueza se alcanza en la mayoría de los casos a costa de quitar a los demás una parte de lo que éstos necesitan» y de la aniquilación de la biosfera. «Han sido los eternos parias y condenados de la tierra los que han sostenido la infraestructura material que todo sistema de poder ha necesitado hasta ahora para sostenerse». Es ajustado «cubrir con dignidad nuestras necesidades primarias», en absoluto «caer en el despilfarro y la ostentación material». Por lo demás, «la sociedad de la abundancia dibujada en el horizonte por Galbraith va convirtiéndose cada vez más en una sociedad de la escasez y la precariedad».

En «el **mundo deshumanizado y cosificado de nuestros días**» la materia y no el espíritu es «la base del universo, de la vida y de la conducta humana». Materia que ha perdido «su razón de ser intrínseca o legitimidad» y aparece como mercancía. Lo que permite colegir que «el afán de lucro es un producto histórico e ideológico».

La realidad somática establece el «imperativo práctico» de ocuparnos de la manutención y supervivencia física. Por ello, no es intención «demonizar el cuerpo», sino reprobar el conformarse con sus exigencias. Y más aún el permanecer prisioneros de nuestros instintos primarios, fomentando lo inferior, agresivo y vulgar e ignorando que «la naturaleza nos ha dado también un alma». Es una forma más de reduccionismo, de renuncia a nuestra identidad integral. Síntomas extremos de este averiado enfoque son, de un lado, «la exaltación de la juventud» y la vigorexia y, de otro, la obesidad y la mala salud física.

El individuo de la sociedad de consumo «siente desprecio o indiferencia por los valores espirituales» y cree que el lleno material es la plenitud vital. Pero «toda búsqueda sincera del sentido de la vida presupone la creencia en una tabla superior de valores, lo que sólo es concebible en el ámbito de la **espiritualidad**», cuya expresión máxima es «el Bien en sus múltiples acepciones».

EL BIEN ES TRASCENDENCIA

La enfermedad más extendida de nuestro tiempo es la **ramplonería existencial** que afecta a «ese miserable producto que se llama *hombre moderno*» (Maritain). Hay carencia de metas elevadas. Quien más quien menos vive con fijación en lo trivial, «encerrado, física y espiritualmente en la inmanencia construida por las élites», en una época que es, a la vez, «la más fatua y pagada de sí misma». Nos invade una «vorágine de chabacanería general». Las «baraterías del mundo» (Teresa de Ávila) inundan tanto la teoría como la praxis.

Una vida «de espaldas a cosmovisiones de signo ascendente» es una forma de **autonegación**, al suponer una renuncia de antemano a enriquecernos y perfeccionarnos como humanos. Discurrir por la vida encadenado a algún pseudovalor glorificado es perder «la oportunidad de encontrarse a sí mismo».

La «estática motivacional del sistema» se manifiesta en que el sujeto medio lleva una «vida altamente monótona y reiterativa», convencido, además, de vivir en «el mejor de los mundos posibles».

Los pasatiempos vulgares, los deportes de competición, los espectáculos de masas… son «una recompensa y válvula de escape» al tiempo de trabajo, una amnesia pasajera de la «existencia gris», una manifestación de «autoalienación colectiva».

Para entrar en oposición contra la ideología dominante, es decir, en conflicto con la exterioridad, se ha de recuperar el «**sentido de la trascendencia**». Lo que sólo es posible a través de la «desmaterialización y espiritualización». Trascender es negar «la facticidad triunfante», luchar contra «la alienación, la cosificación y la brutalización de la existencia», no «limitarse a contabilizar lo dado y absolutizarlo como la única verdad posible».

El anhelo de infinitud está siempre vinculado a valores absolutos. Trascendencia es aquello que está más allá de los límites naturales, y desligado de ellos. Lo absoluto así entendido representa «la vigencia eterna de lo objetivo y universal frente a los vaivenes constantes de lo subjetivo, empírico, circunstancial y efímero en sus múltiples variantes: poder, gloria, riqueza, fuerza, salud, éxito, placer».

Se ha de insistir en que «la vida terrenal sólo adquiere sentido cuando está consagrada a un **ideal superior** que trascienda la finitud de nuestro plazo de vida individual para fundirse con la infinitud de los valores eternos».

Pero la búsqueda de los valores atemporales se gesta en el propio interior del hombre. Por ello «presupone el reposo, la quietud, el recogimiento interior, el descenso al fondo de nuestro ser. Es esencialmente contemplación, *theoria*».

El bien, por tanto, «va más allá de lo físico o corruptible». Orienta hacia un proyecto coherente de vida, potencia «la parte elevada de nuestro ser» y permite abandonar la idea del presente como renuncia o castigo. Es un acicate para escapar del «mundo de lo dado» en el *manual de instrucciones*; del «aquí y el ahora de la sociedad de consumo»; del conformismo, la banalidad, el egoísmo, la amoralidad, la frialdad y la «rutina y mediocridad pequeñoburguesa»; para imprimir **heroísmo** a nuestras vidas y así ascender a «las regiones superiores de la condición humana».

El bien es el «modo más alto y bello de autorrealización».

EL BIEN ES UN DESAFÍO PERMANENTE

Una de las ideologías más en boga, segregada e impuesta por el Poder, es el **hedonismo**. En forma de egolatría sensualista no es más que «moral para esclavos saturados». Este apogeo de lo gratificante y lúdico dictamina que «lo bueno es lo que nos proporciona placer y lo malo lo que nos causa dolor».

Ello hace olvidar que a la condición humana «pertenece intrínsecamente la experiencia de la dolencia y la privación», de la insatisfacción y la renuncia, de la adversidad y la tragedia. «**La vida humana es esfuerzo** [. . .], tensión más o menos constante […], nos ocupa permanentemente [. . .], no será nunca un paraíso terrenal, sino que incluirá también la dimensión de lo infernal en sus múltiples manifestaciones».

El culto a la comodonería corporal-material ha conseguido que el hombre, por inmadurez, esté escasamente preparado para «afrontar los desafíos y reveses de la vida» y «aceptar sin convulsiones internas la contingencia de su estancia en la tierra». Y así, busca «la seguridad en medio de las crisis».

Si una vida consagrada al bien es una vida elevada y bella, no es menos cierto que es también lo más difícil de lograr. Afirmar lo contrario y añadir que el bien está destinado a triunfar es practicar el engaño. «No hay nada que haya sido tan odiado como el bien». Vive en estado de impotencia y de precariedad, «siempre o casi siempre en minoría frente al mal».

En efecto, «**cuanto más profundo y auténtico sea nuestro compromiso con el bien, más implacable será la prueba a la que estaremos sometidos**». Hasta el punto que «querer vivir hoy en lo inactual y eterno significa elegir el exilio interior y convertirse casi en un proscrito». Sentirse extraño y renunciar al calor del rebaño, al éxito mundano y a los caminos trillados son el tributo a pagar para estar «en condiciones de caminar por la senda generalmente poco frecuentada del Bien». Quien se decanta por esta opción «intuye o sabe incluso de antemano que está destinado a perder», comprendido en sentido vulgar porque, y a diferencia del ególatra, «el hombre desprendido y bueno es recompensado con creces por la emoción profunda e insustituible que proporciona la grandeza espiritual». O también: «un hombre entregado a un ideal no es nunca un derrotado». Ni está nunca «interiormente solo».

El compromiso ético «entra automáticamente en conflicto con la realidad interhumana y social», tropieza a cada paso con «el poder abrumador y

omnipresente del mal». Lo que sucede en mayor medida en las sociedades del *rodillo* estandarizador de la Modernidad estatista y capitalista, donde, como vimos, «el rasgo central no es la diferencia sino la ausencia de ella».

Hacer frente a este reto va a demandar **fuerza de carácter y convicciones**. Debido a lo oneroso de «cultivar el espíritu de resistencia», el individuo medio no quiere saber nada de escrúpulos morales, remordimientos de conciencia y «valores de rango superior», y se suma a la existencia puramente zoológica y al *struggle for life*.

El desafío se sitúa también en el **interior del hombre**. El bien está sujeto a sucumbir a «nuestras pasiones e intereses bajos»: la soberbia, el egoísmo o la destructividad. Para Séneca, «los peligros más corrientes que amenazan al hombre proceden del hombre mismo». Así pues, la elección del bien «incluye al mismo tiempo someterse voluntariamente a un **proceso de aprendizaje siempre renovado y nunca concluido**». Se hace imprescindible, además, autoexamen de conciencia y pedirnos cuentas antes de ajustarlas con los semejantes: «sólo humanizaremos el mundo si nos humanizamos a nosotros mismos».

Ese acto previo de radical humildad es «el reconocimiento pleno e incondicional de nuestra fragilidad». Pues inherentes a la condición humana son el azar, la provisionalidad y la mutabilidad; el malestar, la pena y la desesperación; la incertidumbre, lo extraño y el miedo ante lo que pueda venir o suceder; la desilusión, el fracaso y la caída. El bien es una respuesta a esta «dimensión negativa de la naturaleza». Un asidero a la praxis humana, contraria tantas veces. Es **orientación y certeza**; «moral de defensa» y «consuelo espiritual» ante los golpes del destino.

EL BIEN POSEE VALOR INTRÍNSECO

El obrar general se encuadra en el ámbito de lo **utilitario y provechoso**. Se atiene a la obtención de «resultados prácticos y ventajas concretas». La socialización y educación se orienta más a tener éxito que a «aceptar estoicamente la dimensión aciaga inherente a toda vida humana». Se constata con pesadumbre que el individuo es «el primero que se mide a sí mismo no por los valores inmateriales que pueda llevar dentro, sino por los trofeos sociales que logra alcanzar». Éstos son entendidos como recompensa y el fracaso como castigo. La divisa es: «lo que no se abre camino en la sociedad carece de valor». De ahí el «exhibicionismo social» y el «afán de ostentación».

Este concepto de valor «procede del ámbito económico y sirve para definir el valor-trabajo, el de uso y el de cambio de una mercancía». Para MacIntyre, «la sociedad moderna no es a menudo más que un amontonamiento de extraños persiguiendo cada uno sus intereses propios». Esta medición de los actos en función de su eficacia cuantitativa significa «caer en el más vulgar y burdo de los positivismos».

Si sólo hablamos de «competencia, rentabilidad, conquista de mercados», y nos desentendemos de «todo contexto humano, moral y social», estaremos «cavando nuestra propia tumba».

La interdependencia entre el hombre y su entorno acarrea que el pragmatismo cometa crimen no sólo contra el espíritu, haciendo que «el valor de la vida humana decrezca a pasos agigantados», sino también contra la biosfera: deforestación, alteraciones climáticas, pérdida de biodiversidad, etc., son el resultado del «designio diabólico del *dominium terrae*».

No podemos prescindir de «necesidades no pertenecientes al ámbito de lo utilitario». Carlyle recuerda que «el pago al contado no es la única relación entre los hombres»; ni el *homo oeconomicus* identidad integral, añadimos. Así, la elección del bien encuentra recompensa en sí y por sí mismo. Siendo la buena voluntad «la expresión más genuina de la conducta ética». O como Hermann Hesse anota en su *lobo estepario*, «tu lucha no perderá su sentido por el hecho de no verse coronada por el éxito». En el cultivo de los valores humanos, morales y espirituales, «no hay ningún acto carente de sentido, muy al contrario: cada partícula de bien que diseminemos a nuestro alrededor –también la más exigua- posee un valor intrínseco que se justifica y legitima a sí mismo».

Al ejercitarnos en el bien, el único premio a esperar es el de «haber sido fieles a nuestro propósito de contribuir a una **rehumanización** de las relaciones interpersonales y sociales». En este sentido, «**sólo puede hablarse de victoria cuando se sirve al bien**».

EL BIEN Y EL MAL

El **carácter antitético, dual o bipartido** de la naturaleza y del ser humano halla aquí una de sus manifestaciones señeras. Para el pensamiento oriental es la unidad de los opuestos, la complementariedad de los contrarios. «La vida del hombre es una antinomia».

Abarcar ambas dimensiones, «en busca de una síntesis fecunda», permite abandonar posiciones absolutas, «definiciones monocausalistas» y dogmatismos. Tales como la senil fe en el progreso, concepción hegeliano-marxista donde el hombre es «un reflejo mecánico y pasivo del proceso histórico, también y particularmente en el ámbito de la ética y la libertad», y que ha sido refutada por la experiencia: en el tan presuntamente civilizado siglo XX, con el surgimiento de la *sociedad del bienestar* tras la segunda Guerra Mundial, «se desmorona definitivamente el orden tradicional de valores y se inicia el proceso de desintegración moral y espiritual». Es el siglo donde han sido perpetrados los «crímenes más horrendos de la humanidad». Más coincidente con lo real es la visión de flujo y reflujo histórico que aporta Vico.

Una epistemología verdadera es la **aceptación** del nexo entre materia y espíritu, realidad física y reflexión metafísica, génesis y destrucción, lo vivido y lo negado, *logos* y sentimiento. «La dialéctica eterna sin excepción». E igualmente «el llanto y la risa, la mueca de dolor y el grito de júbilo, la amargura y la autosatisfacción han convivido siempre en estrecha vecindad».

La ya citada «dimensión negativa» de nuestro ser es «la condición *sine qua non* de nuestro poder-ser». Lo que se cumple mediante la conversión de aquélla en «capacidad autopoiética».

El mal es un «modo irracional de sentir y obrar». Quien lo elige se aboca a la «autodestrucción moral y espiritual», daña no sólo a sus víctimas sino también a sí mismo. Este estado de conciencia «inhumano por excelencia» encuentra en la guerra su «encarnación máxima». Una vida «al margen del Bien significa negar el propio ser, un acto de agresión contra nuestra esencia óntica».

Una de las estrategias del mal ha sido «la de disfrazarse de bien, la seducción y manipulación mental». Toque de atención que demuestra «el signo y destino irreversible del mal»: su impotencia para sustituir al bien. Éste es «principio firme e inconmovible», de «naturaleza clara e inequívoca». Inextirpable del corazón humano, «revive y se perpetúa una y otra vez» a pesar de las humillaciones, ya que «pertenece a las leyes inalterables y perennes». El bien es

un intento de «crear formas de vida y de convivencia capaces de dar al hombre el sentimiento de seguridad que éste siempre anhela». Compensa la vejez, la soledad, el miedo a la muerte y otros fenómenos de nuestra «indigencia natural».

El encuentro y la confrontación con el bien y el mal «constituye una experiencia de la que ninguna persona queda eximida». Defendemos no sólo la **elección y práctica voluntaria del bien**, sino también la **resistencia al mal**.

EL BIEN, LA VERDAD, LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA

El pensamiento en curso destaca por su **mercantilización**. «No es filosófico sino ideológico». Reina la «ausencia casi completa del discurso independiente». Los *ilustrados* y *comunicadores* oficiales, en su «sanchopancismo» y afán de medro, han desertado de la verdad y asumido la función de «embellecer con sus recursos semánticos la fealdad del sistema». La realidad, pasada y presente, es tergiversada u ocultada, a mayor gloria del orden vigente.

La **especialización** es otro rasgo cardinal del ser, pensar y hacer hodiernos. Ofrece una imagen mutilada de lo real, que es de una «estructura fundamentalmente complejísima», en dinámica interactiva, y requiere de una **visión integral** para su comprensión, de la recuperación de «la noción de Todo como factor determinante de la propia existencia», asegurador de la unidad y la cohesión. Además, la parcelación del conocimiento ha germinado en una nueva división social: de un lado la élite de los expertos *sabelotodo* que monopolizan «lo que la verdad significa» y de otro los multi-ignorantes sin capacidad decisoria.

Por otro lado, y frente a la **abstracción teorética universitaria**, convenimos con Jaspers en «la reflexión sistemática y metódica a partir de la experiencia». Lo humano es demasiado intrincado para encerrarlo en una doctrina. Este cavilar concreto y contextualizado no es sinónimo de una acumulación de conocimientos de orden empírico, «por sí solos incapaces de darnos las últimas respuestas que el hombre necesita».

Finalmente señalaremos la **instrumentalización** de la ciencia, «al servicio de determinados objetivos desvinculados de toda connotación ética». Tal pragmatismo señala la mayor importancia concedida por el hombre moderno a los valores finitos que a los infinitos.

Erigir la Verdad como manifestación del Bien en el ámbito de la teoría pasa por la vinculación del pensamiento a los problemas morales y la liberación del lenguaje «de la adulteración al que los administradores del poder lo han sometido». Feuerbach: «la labor teórica de la humanidad es idéntica a su labor moral».

La búsqueda de la verdad es «la condición previa para pensar y obrar rectamente». En este sentido, «cultura verdadera es sólo la cultura consagrada al conocimiento y a la práctica del Bien».

La manipulación de los hechos por intereses ideológicos o políticos es repudiable. La Verdad, asumiendo «las luces limitadas del intelecto», ha de dar respuesta a la sed de saber del ser humano y posibilitar la elevación de su conciencia.

Una de las cuestiones más inquietantes del actual orden (democracia es llamado por los ingenuos y los maquiavélicos) es el desconocimiento por parte de la población civil de las decisiones estratégicas que se toman en las *alturas*, esto es, por parte de las oligarquías políticas, militares, ideológicas y económicas. Lo que nos llega a través de los *medios de comunicación* no resulta fiable, ya que es, en esencia, propaganda y aleccionamiento. Ello impide o dificulta el análisis de las realidades presentes y origina estados de confusión, constituyéndose una **sociedad de la ocultación y la mentira**: «engañar o desorientar a la opinión pública han pasado a ser pura rutina».

Los medios de control y manipulación de mentes y conductas han de ser desarticulados para dar paso a la **autogestión popular de la educación, la cultura y el conocimiento**. Sólo el pueblo soberano ha de determinar sus contenidos y medios.

*

La autodeterminación o libertad para ser, pensar y actuar es «la piedra de toque más idónea para juzgar el valor de una sociedad». Es condición fundamental para «toda vida humana digna de este nombre» y, por tanto, con sentido.

En primer lugar, **la libertad ha de estar guiada por «principios morales y por la autorreflexión para evitar su uso indebido** –como utilizarla en detrimento de los demás o como fuerza bruta- y encauzarla por buen camino». Sólo adquiere su significado genuino «si está nutrida de un ideal superior», ya que «es una realidad o situación óntica, no un valor moral o espiritual en sí». Para llegar a serlo, insistimos, «necesita identificarse con un código ético y obrar de acuerdo a él».

En segundo lugar, establecemos un nexo entre libertad individual y libertad de los semejantes: «**la libertad es sujeción voluntaria a las exigencias del bien común**». Lo que nos vuelve a ubicar en la categoría de otredad, en la «aceptación apriorística de la intersubjetividad». El igual no puede ser devaluado a medio de los propios fines, sino reconocido y tratado como

«parte integral de nuestra vida». La autonomía de los demás debe ser respetada.

Y, en tercer lugar, «la libertad no es ni podrá ser nunca ilimitada ni estar exenta de condicionamientos y barreras de índole tanto subjetiva como objetiva». Va unida potencialmente a **elementos de contingencia y de necesidad-fuerza**, los cuales «el hombre no puede controlar y contrarrestar siempre».

*

Resulta inadmisible el actual sistema jurídico-policial-represor-carcelario, que resulta reforzado al exigir una ley como solución a cada problema. La legislación es diseñada por una minoría, ni siquiera formalmente elegida por los ciudadanos. «Sólo cerebros esquemáticos y formalistas pueden definir o juzgar la sociedad de acuerdo con el conglomerado de leyes vigentes en ella». Se cumple en el presente el aserto de Kant en el que expresa que **cuanto más derecho positivo, menos ética.**

En el estado español en torno a medio millón de efectivos integran los diversos cuerpos armados, bien equipados también de tecnología. Lo que constituye un verdadero ejército de ocupación interior, al servicio de la razón de Estado, ya formulada anteriormente. Esta militarización *de facto* se acompaña de la general valoración positiva que otorga la población a la institución castrense.

El derecho y la justicia los concebimos de **elaboración y aplicación popular**, manifestándose así la voluntad del pueblo, de forma que no ahogue «la aptitud del hombre para obrar rectamente *motu proprio* y sin necesidad de ser obligado a ello por instancias externas», de las que es saludable recelar. Ello da prevalencia a «la ley de la propia conciencia» por encima de las leyes positivas. La aspiración ha de ser «**regirse a sí mismo por puro amor a la Verdad y al Bien**». Mencionando de nuevo al filósofo de Könisberg: «compórtate como si la máxima de tu acción tuviera que convertirse a través de tu voluntad en ley universal de la naturaleza». Este derecho natural incluye los legítimos de la autodefensa ante injurias y daños graves, así como el de «ofrecer resistencia a los opresores».

EL BIEN Y LA TEMPORALIDAD

La aceleración de la vida moderna nos ha convertido en siervos de la inmediatez, el ajetreo y lo efímero; en «individuos absorbidos por la acción» y entregados a «las exigencias casi siempre incómodas de la vida cotidiana». Ello encuentra su correlato en la pérdida de valores, en la mutación permanente de lo que es considerado como verdad y en la falta de perspectiva: *todo fluye* para Heráclito y *todo vale* para los post-modernistas. Pero «precisamente porque todo es válido, nada lo es en último término».

La «**reflexión sobre lo esencial y eterno**» se desarrolla en la *vida contemplativa*. El recogimiento interior, la lentitud, el silencio… posibilitan, incluso, dotar al tiempo de una «dimensión ética, al convertirlo en fuente de virtud y plenitud». Esta **concepción introspectiva y axiológica del tiempo** no sólo posee un «momento subjetivo» sino que trasciende del *yo* al *nosotros*: el tiempo es aceptado como «tiempo interpersonal». Pues, recordemos, «al margen del factor personal, las conjeturas sobre el futuro dependen en alto grado de la condición social».

El tiempo de los relojes nos somete. Es «una deformación del verdadero tiempo porque se compone de pura actividad mecánica». Cada hora es tasada como valor de producción y rendimiento. O como ocio. En efecto, está institucionalizado tanto el modelo de temporalidad basado en el «rendimiento utilitario» de las obligaciones laborales como el del «entretenimiento para librarse del agobio y el estrés engendrados por aquél». Este segundo tiempo, vivido por el hombre medio como «dispersión lúdica y hedonismo», es también tiempo para el amaestramiento. Así, «vivir se convierte en cumplir un programa de cosas determinado de antemano». En un doble «tiempo prescrito» (Charles Taylor).

Frente a ello, la **existencia integrada en los ciclos naturales** es, ya para los estoicos, sabiduría.

EL BIEN Y EL TRABAJO

El trabajo asalariado es **no-libre**, jerárquico, repetitivo, no-creativo, no-pensante, protocolizado, especializado y simplificado. Acostumbra al sujeto a obedecer. Fomenta la división y la rivalidad entre las personas. Reduce al individuo a «animal de producción y consumo».

Los flujos migratorios según los requerimientos del Capitalismo degradan al ser humano a «objeto tasable» y sin raíces. Nuevamente Jaspers: «el hombre ha pasado a ser una materia prima que hay que utilizar con fines instrumentales».

La devolución al trabajo de su «sentido original» ha de cumplir algunos requisitos: que cada cual viva del trabajo propio, lo que excluye tanto la explotación como el paternalismo estatal; determinación libre de los fines y posesión colectiva o individual (mínima) de los medios; orientación al autoabastecimiento material de la comunidad (recuperando el sentido de la mesura: «renunciar a lo superfluo y conformarse con lo necesario») y no a la obtención y acúmulo de dinero; horizontalidad y cooperación; totalidad en el acto productivo y diversidad de labores, esto es, un sujeto holístico; y tiempo de dedicación adscrito al principio de lo justo y necesario.

EL BIEN Y LA ASISTENCIA A ENFERMOS, IMPEDIDOS Y NECESITADOS

El **ultraintervencionismo estatal** en esta materia resulta inmoral. Mucho se ha escrito, con razón, de la iatrogenia, la patologización, la farmacologización inducida por la industria del ramo y los enormes costos monetarios de los procedimientos médicos. Pero se ha de señalar que la acción estratégica pergeñada a través del Estado de Bienestar (material) y de la retórica concesionaria de derechos enajenables tiene como meta configurar un tipo humano **atomizado y dócil, dependiente** del ente estatal para la satisfacción de necesidades que habría de cubrir en gran medida la comunidad: educación y crianza, atención de enfermos y dependientes, asistencia al parto y a la muerte, cobertura ante la escasez material…

Especialmente execrable es el trato dispensado a las personas mayores. Su depósito por parte de familiares en las denominadas *residencias para la tercera edad* constituye un acto de abandono e irresponsabilidad, un «innoble y vil deprecio». Allí son **atendidos como meros entes biológicos**, vegetando en soledad, tristeza, pobreza afectiva y espiritual, a cargo de *mercenarios de lo social*. Dicha conducta, junto a la consideración en nuestra sociedad del anciano como receptor de pensiones, es deshumanizadora. Por el contrario, «quien no sea un mal nacido tiene que alegrarse forzosamente de tener a su lado y poder asistir y cuidar a personas de edad».

La dignificación de lo humano pasa por **hacernos cargo de nuestra existencia, desde uno mismo-integral y con los otros-iguales**, dando de lado a funcionarios, tutelas y subvenciones institucionales. La **ayuda mutua** y otras formas de hermandad y lazos solidarios, la **autogestión de la salud** y una medicina por y para el pueblo y no en manos de ningún ministerio ni sector empresarial, se presentan como imprescindibles en esta cuestión.

EL BIEN Y LA POLÍTICA

El modelo asociativo de nuestro tiempo es «el de los partidos políticos, hijos naturales del orden burgués, el constitucionalismo, el parlamentarismo, el sufragio universal, la crisis religiosa, el industrialismo, la lucha de clases y la sociedad de masas». Aquéllos tienen la pretensión infundada de «representar no sólo sus propios intereses, sino los de todo el cuerpo social». Lo que ha dejado al sujeto sin «conciencia crítica, base de toda cultura política digna de este nombre», y al pueblo convertido en masa de «individuos atomizados y sin apenas vínculos profundos entre sí». Lo que más se oye en medio del eco omnipresente del discurso (autolegitimador, tergiversador y ocultador) difundido por el poder es, sobre todo, «**el silencio de quienes han sido despojados de la palabra**». Así es, en «la tan cacareada era de la comunicación» el protagonista político no es el pueblo sino la partitocracia.

Ante el mutismo político del pueblo, ante la «inhibición, pasividad y exclusión del debate público» a que nos obligan la Constitución y el Parlamento, se yergue **la asamblea soberana del Pueblo** como expresión del bien en la praxis política. «Sin participar en los asuntos públicos, el hombre no puede desarrollar sus virtudes». Es más, «el testimonio más elocuente de un alma elevada sería la participación de la comunidad, y viceversa». Un quehacer no profesional y no lucrativo. La democracia (sin adjetivos) ha de situarse «fuera de la esfera del Estado, de los partidos políticos al uso y del dualismo ideológico derecha-izquierda». Volviendo a recurrir a Fanon: «es preciso ante todo desembarazarse de la idea muy occidental, muy burguesa y, por tanto, muy despreciativa de que las masas son incapaces de dirigirse a sí mismas».

EL BIEN Y EL LUGAR DONDE HABITAR

La urbe es el espacio idóneo para llevar a cabo la megadominación de las oligarquías sobre el pueblo por concentración de poderes fácticos y centralismo político. Es lugar para la **deshumanización**, la violencia, el despilfarro, la destrucción medioambiental y el saqueo de la ruralidad.

La masificación en las ciudades «representa el cuantitativismo en su acepción más radicalmente avasalladora». Su esencia es la alienación, esto es, «la reducción o pérdida de la autonomía individual y el sometimiento a la presencia, los movimientos y la acción de una masa anónima de individuos a la que no nos une ningún vínculo personal». El crecimiento del fenómeno de la aglomeración supone la disminución de la singularidad y la expansión de los rasgos comunes. El *homo megalopolensis* es un individuo caracterizado por el egoísmo, «despersonalizado, desobjetivizado y desindividualizado». Es mero reflejo de la conciencia generalizada vigente en torno suyo. Ni siquiera es observado, sino que se le ignora. «Nadie le tiene en cuenta. Ésta es la razón de que viva su dimensión externa como incomunicación, tensión, frustración o tristeza». Por más juntos físicamente que estén los hombres que en cualquier otra época histórica, o quizá por ello, más solos se hallan: «la gran ciudad se ha convertido en un inmenso exilio inhóspito, en apatricidad espiritual, en aislamiento y reclusión interior», en un vertedero de «mónadas encapsuladas en sí mismas».

En la ciudad, por tanto, tiene difícil cabida el bien. La construcción de una **identidad autónoma** y «axiológicamente singularizada» la vinculamos necesariamente a la dispersión geográfica y a la residencia en poblaciones reducidas.

EL BIEN Y LA TÉCNICA

La Modernidad también tiene sus mitos. El prócer Jovellanos esperaba de la Ciencia «el advenimiento de una era de prosperidad, paz y fraternidad universal». Pero la realidad ha desmentido tales expectativas: ni el progreso tecnológico ha conducido también a un progreso ético ni ha introducido «el reino de la libertad dentro del reino de la necesidad». Más bien ha fomentado «el egoísmo, la frialdad y otros instintos bajos, e impedido el desarrollo de atributos y modos de ser más nobles». En la civilización actual tiene lugar una «convergencia siniestra entre técnica y destrucción».

Al rasgo de «criatura deficitaria» del hombre, se añade en los tiempos que corren el «tener que enfrentarse a la extranjeridad del mundo artificial creado por él mismo». La tecnofilia, junto a otras nocividades señaladas en este texto, ha sustituido al espíritu en «la función rectora que por antonomasia le corresponde».

La técnica, como **instrumento de dominación** al servicio del Poder, ha sido «un obstáculo para la elevación de la humanidad» (Thoreau). Para Gabriel Marcel, «el extraordinario perfeccionamiento de la técnica coincide con el empobrecimiento al máximo de la vida interior». Un proceso de objetualización: «a fuerza de tratar con cosas técnicas, el hombre se cosifica él mismo». La cultura ética, humana, cívica y convivencial decrece a pasos agigantados, mientras «la Técnica ha llegado a las cimas más altas de virtuosismo». También la apoteosis del *homo technicus* corre pareja al «deterioro de la calidad de vida y de habitabilidad del planeta, y al desequilibrio del metabolismo psicosomático del hombre».

Se ha de proceder a romper con la cosmovisión de la vida ligada «al auge y el progreso de la Técnica, la Ciencia y los métodos de producción», así como a un análisis riguroso que determine, según el ya señalado principio de lo justo y necesario, como aceptables a aquellos artilugios mecánicos que no arrinconen los **atributos y valores** (morales, espirituales y relacionales) que son «parte integral e irrenunciable de la personalidad», y que estén «al servicio del bien común y no del interés particular y el afán de enriquecimiento propio». Vale decir, la capacidad de la tecnología para mejorar la vida humana (en sus condiciones concretas, físicas y materiales) «depende en alto grado de un **progreso moral** paralelo del hombre».

EL BIEN Y SU PRAXIS

La autoconstrucción moral del ser humano precisa de su aplicación por medio de los **actos**, «reflejo de nuestra disposición o vocación interior». Practicar «no sólo de palabra, sino también con hechos». Balmes: «las ideas morales no se nos han dado como objeto de pura contemplación, sino como reglas de conducta». Es la conjugación de «la devoción íntima con su expresión externa», la «síntesis entre meditación y acción». Y ello comienza en «el ámbito de nuestra cotidianeidad inmediata». Esta orientación práctica demanda, a su vez, de la **voluntad**, «factor decisivo para cumplir los preceptos éticos elegidos por nuestro intelecto».

El silencio de los buenos y la cómoda reclusión en la vida privada han de ceder terreno al gusto por «la vivencia, la responsabilidad y el riesgo personales». Postulamos «**la historia concreta hecha por el hombre**» y desechamos la idea de que la obligación sólo corresponde a los «estratos altos».

La conciencia mira la realidad circundante. Lo que no es un fin en sí mismo, «sino que su objeto es el de superarla y transformarla en sentido positivo».

La actividad del «humanismo militante» es universalista. También, y previamente, en su concepción: lo esencial del ser humano es válido para todos. Lo contrario, establecer diferencias jerárquicas, es sospechoso de «incurrir en tesis etnocéntricas, nacionalistas o abiertamente racistas».

La lucha por la satisfacción de las necesidades genuinas del hombre no queda limitada a la autorrealización sino que se hace extensible a «la dimensión social». La defensa de la vida incluye no sólo la propia sino también la ajena. Así lo enuncia el barón d`Holbach, «sólo el hombre de bien y útil a los demás puede decir realmente de sí mismo: he vivido».

«Todo grito de dolor es un grito dirigido a nuestra conciencia». Y nuestro quehacer moral la hospitalidad con quienes «llaman a nuestra puerta con la esperanza de hallar en nuestro interior el calor y la comprensión que no encuentran fuera», y la preocupación y el desvelo «por la suerte de las personas que nos rodean o de las que tenemos noticia». La autenticidad moral debe medirse ante todo por la actitud que adoptamos frente a «los débiles y desamparados».

EPÍLOGO

La tarea ardua y compleja que aguarda a quienes están poco o nada mediatizados por un sistema que «carece de fundamento ético» y, por tanto, saben que no hay razones para «reducir a la historia y al hombre a lo que son aquí y ahora», es la de realizar una **‹‹gran mutación histórico-axiológica›› de sentido ascensional**.

La experiencia enseña que «las cosmovisiones y credos religiosos de rango universal no han surgido nunca como movimientos de masas, sino que fueron siempre obra de pequeños grupos o de almas solitarias». Si bien, y subrayando la unidad de lo individual con lo metapersonal, «será como totalidad que la Humanidad se hundirá o salvará».

La brega contra los obstáculos que se oponen al sentido de la vida y por transformar a fondo la realidad, haciéndola más acorde con las necesidades genuinas del hombre, moviliza al máximo «nuestras mejores energías espirituales y éticas»; proceso de «tipo emancipativo» en el que la persona «llega a ser todo lo que puede ser» y reivindica la existencia como «búsqueda incesante».

La única actitud válida frente al «carácter intrínsecamente conflictivo de la condición y la historia humana» no puede ser en modo alguno «la resignación o la pasividad» sino el **compromiso moral** para afirmar la vida como «una proyección noble»; declararse partidario del bien «cuando en todas partes triunfan la insensibilidad, la dureza de corazón, el cinismo y el culto mezquino al yo»; permanecer fieles a «ciertos valores esenciales» mientras «el mundo nos muestra su rostro inhumano».

Concluimos con unas palabras de Ganivet: «el verdadero revolucionario no es un hombre de acción; es el que tiene **ideas** más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto, y las defiende, si llega el caso, no con la violencia, sino con el **sacrificio**».